



## **Revista de Geografía Norte Grande, 2018, N° 69**

### **Número semitemático en homenaje al profesor Dr. José Ignacio González**

Andrés Estefane<sup>1</sup>

El número 69 de la Revista de Geografía Norte Grande contiene un *dossier* semitemático en homenaje al profesor José Ignacio González, miembro por más de cuatro décadas del cuerpo académico del Instituto de Geografía de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Junto a una dilatada carrera como investigador y docente –es autor de numerosas publicaciones en el ámbito de la cartografía y ha formado a varias generaciones de estudiantes, tanto de su disciplina como de campos contiguos–, González ha cumplido importantes tareas en la institucionalidad universitaria. Ejerció los cargos de director del Instituto de Geografía y decano de la Facultad de Historia, Geografía y Ciencia Política en diversos períodos, y desde el año 2013 oficia de *ombudsman*, velando por la adecuada convivencia entre los integrantes de la comunidad universitaria<sup>2</sup>. Bajo este ánimo celebratorio y en un guiño al pasado, este número de homenaje fue impreso utilizando el mismo diseño de portada de las primeras ediciones de la revista.

El *dossier* del que nos ocupamos se compone de cinco artículos que dialogan con la principal línea de investigación del profesor González, la cartografía, desarrollada en sus vertientes histórica, temática y general. En un hecho sintomático de la transversalidad de las preocupaciones académicas del homenajeado, en esta selección coinciden tanto geógrafos de formación como historiadores interesados en la historia de la cartografía. Dicha combinación, como veremos, resulta expresiva no solo de los antiguos y hoy descuidados vínculos entre geografía e historia, sino del potencial de estas convergencias para el desarrollo de ambas disciplinas en un contexto académico volcado al trabajo interdisciplinario<sup>3</sup>.

Quisiera partir citando un fragmento del “Curso completo de erudición universal o análisis abreviada de todas las ciencias, buenas artes y bellas letras” del prusiano Jakob Friedrich von Bielfeld, más conocido como el Barón de Bielfeld. Este es uno de los tantos políticos y tratadistas

<sup>1</sup> Centro de Estudios de Historia Política, Universidad Adolfo Ibáñez (Chile). E-mail: andres.estefane@uai.cl

<sup>2</sup> Para más detalles de su trayectoria académica, véase el discurso pronunciado por el historiador René Millar con ocasión de la incorporación de José Ignacio González a la Academia Chilena de la Historia en noviembre de 2008 (Millar, 2008); también la nota introductoria al número que comentamos de los profesores Rodrigo Hidalgo y Rafael Sánchez, director y editor de la revista respectivamente (p. 5-8).

<sup>3</sup> Lo que sigue es la versión anotada y ampliada de mi intervención en la presentación del semitemático de este número, realizada el 7 de junio de 2018 en el Campus San Joaquín de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Aquí abordo exclusivamente los cinco artículos que forman parte del *dossier*, dado que esa fue la tarea para la que fui convocado. Las referencias a ellos no siguen el orden de la revista, sino que se ajustan al desarrollo de mi argumento. El número contiene otros cinco artículos monográficos y dos reseñas de interés para especialistas de diversos campos.

olvidados de la Ilustración, y es por ese tipo de olvidos que hoy tenemos una imagen deslavada y algo estrecha de ese crucial período. En este libro, monumental como todos sus trabajos, Bielfeld se propuso ofrecer animadas definiciones de todas aquellas disciplinas o saberes que configuraban el piso mínimo para usar con propiedad el vocablo “erudición” a fines del siglo XVIII. En medio de retratos sobre la diplomática, la cronología, la filología y la historia, el autor apuntó lo siguiente sobre la geografía:

“El mundo hormiguea en descripciones del mundo; parece que nacen de la tierra como las plantas. En todas las lenguas hay escritas geografías universales, vastas, completas, sistemáticas, compendios, introducciones, ensayos, diccionarios geográficos, elementos de geografía acomodados al uso de los niños o de la juventud, y otras muchas obras de esta especie. En las escuelas, clases, etc. se enseña la geografía. Los maestros en dicha ciencia van enseñándola a la juventud por las ciudades y provincias. Los mapas no solo se venden en las tiendas y ferias, sino que se llevan a vender por los pueblos a manera de mercaderías, se hacen colecciones de ellos, se adornan los cuartos, las antecámaras, y hasta las paredes de las tabernas. No hay cosa más conocida que la geografía, así que nos veríamos tentados de suprimir el análisis de una ciencia tan común, si no tuviese un influjo tan directo y necesario en el sistema de la erudición universal [...]” (Bielfeld, 1803: 350-351).

La imagen más perturbadora —por su riqueza— es la que refiere a los mapas como preciados objetos de consumo, dispuestos en los mesones de tiendas y ferias o viajando entre el surtido de bienes ofrecidos por mercaderes ambulantes. Algunas pinturas del período y de décadas posteriores nos ayudan a recrear la segunda escena de la descripción, la del uso de los mapas como recurso de ornamentación, colgados en espacios íntimos y también en los públicos, desde luego en las escuelas, pero también en las tabernas.

La imagen de Bielfeld se fija fácil porque nos habla de un momento inaugural, de ahí su potencia, pero también porque instala un espectro inquietante. En la descripción de Bielfeld, la geografía del pasado parece más viva (o al menos más ubicua y domesticada) que la geografía en el presente.

Algo de esa imagen —la idea del mapa como artefacto que condensa imaginarios de diverso orden— resuena en el artículo de la historiadora Alejandra Vega, “Mapotecas en Santiago de Chile: regímenes de visibilización del *corpus* cartográfico y sus mediaciones conceptuales y materiales” (p. 71-97). Vega ofrece aquí un recorrido por cuatro mapotecas ubicadas en Santiago de Chile: Archivo Nacional, Biblioteca Nacional de Chile, Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Chile y Mapoteca del Instituto Geográfico Militar. La reflexión se sostiene en la idea de que estas instituciones de conservación tratan al mapa como un “documento científico, no problemático, que representa información espacial” (p. 74). Late ahí, de acuerdo a la investigadora, una concepción empirista del objeto y ello permitiría entender las operaciones a través de las cuales los mapas son retirados de sus circuitos de circulación originales para insertarlos en los circuitos propios de la mapoteca, donde pasa a formar parte de nuevos sistemas de relaciones, bajo un inventario, una catalogación y una disposición que obliga a fijar la mirada en los propósitos e intereses de quien conserva. Así, al asumirse una “relación no problemática entre el mundo y el objeto cartografiado en el que este se ‘refleja’”, el mapa es reducido —sugiere la autora— a la condición de objeto patrimonial (una huella de formas pasadas, imperfectas y ya superadas de

representación del territorio) o también a la condición de insumo para la planificación económica o la delimitación de la propiedad (p. 73). Si bien la primera condición, la del mapa como objeto patrimonial, parece ser la más gravitante para el análisis, en la visión global ambas confluirían en el reforzamiento de una interpretación particular de la historia de la cartografía: una historia de progreso y perfeccionamiento técnico (algo así como la versión *whig* del pasado de este campo), donde la mapoteca es el lugar donde se guardan, ordenan y exhiben las piezas que marcan el curso ascendente de los esfuerzos humanos por representar los espacios en que vivimos y nos disputamos.

Es partir de estas consideraciones, emparentadas en alto grado con las reflexiones contemporáneas respecto al fenómeno del archivo, que la autora inicia su recorrido por las condiciones materiales de conservación de las diversas piezas cartográficas resguardadas en las cuatro colecciones mencionadas, iluminando de paso las mediaciones tecnológicas y humanas que administran el acceso a ellas<sup>4</sup>.

Creo innecesario recalcar que este artículo se inscribe en una perspectiva crítica de aproximación a la historia de la cartografía, problematizando la noción operativa del mapa en tanto artefacto de cultura, y visibilizando los criterios que guían la extracción de los mismos de sus circuitos originales de intercambio para ser relocalizados en grillas con nuevos significantes. Es una perspectiva que explora los posicionamientos ideológicos y epistemológicos que modulan la configuración de este tipo de colecciones (de ahí el recurso a la idea de archivo) y, como extensión de aquello, aborda también las instancias que median el acceso de los usuarios a estos documentos científicos. Reitero esto último, la descripción de las condiciones de acceso y consulta de los mapas, porque allí reposa el nervio etnográfico del artículo, con particular énfasis en los condicionamientos materiales y tecnológicos, pero también humanos, que filtran el acceso a las entrañas de las mapotecas.

No viene al caso agotar aquí la relación de las visitas a estas cuatro colecciones. No lo hago porque seguramente mi relato sería una vocalización deslavada e insípida de una bitácora que merece ser leída directamente.

Sí me permito registrar dos comentarios respecto a este artículo. Primero, más allá de la reconocida pertinencia de las aproximaciones críticas a la historia de la cartografía, parece necesario que la recreación del ejercicio de la crítica no se restrinja a desmontar operaciones que si alguna vez naturalizaron una comprensión acotada o ingenua del objeto de análisis (los mapas), han sido corregidas por la acumulación de esa misma crítica, como tampoco empantanarse en interpretaciones excesivamente sospechosas de las formas de mediación que filtran el acceso de los usuarios a dichos objetos. En otras palabras, una perspectiva crítica, independiente de la sofisticación de los pilares teóricos que la sostienen, no puede limitarse a tratar el problema desde un espacio de enunciación que allana a su favor lo criticado, y que al hacerlo reproduce en clave inversa el mismo gesto fetichista que dice criticar (Ginzburg, 1991: 83). En la misma línea, pero desde un plano más bien metodológico que apela oblicuamente a lo anterior, tampoco parece haber rendimiento en la pulsión de sobredimensionar las impresiones que deja la experiencia etnográfica,

---

<sup>4</sup> Para una productiva aproximación al problema del archivo, véanse las reflexiones de Ann Stoler sobre el archivo de las Indias Orientales neerlandesas (Stoler, 2009) y la de Kathryn Burns sobre Perú colonial (Burns, 2010).

toda vez que –y anoto esto pensando exclusivamente en el tema del artículo– se corre el riesgo de amplificar o sobre interpretar decisiones curatoriales o de conservación altamente contingentes, que a veces responden a tramas institucionales tan pedestres y poco heroicas que se tornan indescifrables (por su sorprendente rusticidad) para un ojo externo.

Con esto, vale aclararlo, no estoy desactivando el potencial crítico de una perspectiva como esta y menos desconociendo la necesidad de someter el lugar “mapoteca” al mismo tipo de revisión al que está siendo sometido, desde hace décadas, el lugar “archivo”. Bien sabemos que esas revisiones nos permiten ser más conscientes de cuáles son los límites de toda colección; del peso que las historias institucionales tienen en lo que esos espacios permiten decir o mantienen en reserva al investigador; son esas revisiones las que nos hacen conscientes de que todo acto de resguardo supone siempre un acto de exclusión; en definitiva, las que nos recuerdan que así como el pasado, las instituciones que conservan sus huellas también deben ser exploradas a contrapelo (Stoler, 2009: 1-53).

Si insisto en este punto es porque la dimensión netamente etnográfica del artículo tiende a convertir el problema “mapoteca” en una meseta sin accidentes ni relieve, que al poner en un mismo nivel todas las instituciones que analiza, las iguala en términos de trayectorias, objetivos, funciones y dependencias políticas. Bajo esta clave, las cuatro instituciones descritas se comportarían de forma equivalente, operando el mismo tipo de naturalización sobre los mapas que resguardan. Despachado así el asunto, toda diferencia institucional emanaría de cuestiones más bien fenomenológicas, como la disposición interna de los objetos o el efecto dosificador de quienes desempeñan la tarea de conservadores o custodios.

Si el propósito del artículo es alcanzar una mejor comprensión las relaciones entre sociedad, territorio y prácticas de conocimiento (p. 93), parece ineludible problematizar la distancia o proximidad de cada una de estas mapotecas respecto al Estado, la gran fuente de legitimidad de toda representación cartográfica de validez nacional. Desde esa exploración, por ejemplo, se habilitaría una pregunta de distinto orden, esto es, si alguna de estas instituciones responde a intereses o prioridades no necesariamente en sintonía con la tendencia a naturalizar del mapa como objeto patrimonial. ¿Es lo mismo la mapoteca de un espacio universitario, como la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Chile, que la colección cartográfica de una repartición como el Instituto Geográfico Militar? ¿Es posible afirmar que ambas instituciones naturalizan de la misma forma y con los mismos objetivos? ¿No hay acaso en el espacio universitario una disposición a la crítica y a la desnaturalización mucho mayor que en cualquier espacio de genética castrense, cuya vocación por la unicidad fácilmente confunde la integridad de la comunidad política con la integridad del territorio? Más allá todavía, ¿es posible sugerir una equivalencia entre instituciones cuyo poder de legitimación de los productos cartográficos es infinitamente desigual?

El segundo comentario dice relación con la afirmación de que generalmente se sigue asumiendo una relación no problemática entre el mundo y el objeto cartográfico en que aquel se refleja. Si reformulamos el problema en la clave del archivo, esta crítica apunta a quienes confieren total certidumbre a la pieza conservada, dando por sentada la relación entre documento y realidad. Se trata de una aseveración atendible y que ciertamente desnuda algunos de los supuestos en los que reposan ciertas visiones del mapa en tanto objeto de representación. Algo hemos dicho respecto a la prevalencia actual de esas visiones y en qué medida la misma acumulación de la crítica ha ido cercandando la reproductibilidad de esa evocación ingenua. Pero junto a esa consideración es

también necesario despejar el límite real de la generalización, precisando cuál es el uso específico del “objeto mapa” que se busca contrarrestar con la crítica a la prevalencia de una relación no problemática entre mundo y objeto cartográfico.

Para ello podríamos recurrir al vocabulario de la soberanía territorial del Estado, específicamente a la función que cumplen los mapas en la delimitación precisa, científica, irrecusable de sus límites. Podríamos preguntarnos cuál es el grado de reverberación de críticas como estas en la articulación del razonamiento diplomático, donde parte importante del discurso reposa precisamente en la reducción de la brecha entre representación y realidad. Si quisiéramos extremar el argumento, y más allá de las aprensiones morales que provoque el nacionalismo, cualquier cuestionamiento de ese vínculo debería partir enfrentando la constatación de que la diplomacia profesional ejerce un efecto de contención cuya efectividad depende de la afirmación explícita de una correspondencia nítida entre superficie y representación. Para estos efectos, y sobre todo por sus problemáticos efectos en la representación de la disciplina histórica, conviene tener en cuenta la estrecha familiaridad entre las trayectorias de la cartografía y la historiografía como pilares correlativos de un nacionalismo anclado sobre representaciones ahistóricas del territorio (Winichakul, 1994).

Desde otra vereda, no necesariamente estadocéntrica, incluso es posible afirmar que la representación empírica, científica y perfectible del “objeto mapa” (el equivalente a la historia *whig*) contiene gérmenes de crítica que supuestamente les son ajenos. Eso se desprende del artículo “Cartografía analógica y digital para la delimitación regional y el análisis temático: aplicación a la cuenca del río Luján (Argentina)”, de los investigadores Gustavo D. Buzai, Sonia L. Lanzelotti, Luis Fernando Paso Viola y Noelia Principi (p. 99-119). Esta contribución aborda dos objetivos correlacionados, sintetizados en el título: en primer lugar, la actualización de la delimitación de un área de estudio –en este caso la cuenca del río Luján– empleando los procedimientos tradicionales y las actuales tecnologías de información geográfica (cartografía digital e imágenes satelitales); y en segundo lugar, la utilización de esa nueva delimitación para el análisis de problemas socioespaciales específicos –en este caso la distribución espacial de la población y los usos del suelo– con vistas a la producción de cartografía temática pertinente.

Mi incompetencia en estas materias desacredita cualquier evaluación científica que pueda ofrecer de este trabajo, pero estoy en condiciones de apuntar algunas ideas referidas a la factura del artículo y que coinciden con los problemas abordados en este comentario. Un primer aspecto a considerar es la forma en que los investigadores transparentan sus supuestos conceptuales, así como la metodología empleada y los casos de aplicación. Por una parte, esta decisión permite a los lectores asistir a la fábrica del proceso cartográfico, que en este caso culmina en las Figuras N° 15 y N° 17 del artículo (p. 114-115), entendidas como síntesis de la investigación. Mostrar al lector ese recorrido no solo permite evidenciar la racionalidad del proceso y los criterios de combinación de los insumos utilizados, sino además observar bajo qué términos los supuestos conceptuales fundantes se aplican en la investigación y la presentación de resultados. En esa clave, es iluminador revisar la sección descriptivo-metodológica del artículo (p. 101-105), donde los investigadores explicitan de manera frontal y precisa qué entienden por “perspectiva científica”, qué por “carácter sistémico” y qué por “uso de métodos cuantitativos y cartografía digital trabajada mediante vinculaciones geoinformáticas” cuando señalan que el artículo se basa “en una perspectiva científica de carácter sistémico apoyada en el uso de métodos cuantitativos y cartografía digital trabajada mediante vinculaciones geoinformáticas” (p. 102).

De lo anterior se derivan conclusiones significativas para los problemas que venimos discutiendo. En primer lugar, hay aquí una reivindicación nítida del método científico, cuestión que a su vez sustenta una también clara vindicación de la trayectoria acumulativo-perfectible de la cartografía a partir de la forma en que se entiende la relación entre formas “tradicionales” de representación del espacio y los avances que el desarrollo e incorporación de nuevas tecnologías han hecho posible. De esta forma, el actual contexto tecnológico (clave para la crucial transición de la era geoanalógica a la era geodigital) viene a reforzar las líneas de continuidad histórica entre los productos científicos del campo, ordenados por un afán de mayor precisión técnica en la representación. Es desde ahí, por ejemplo, que se entiende la necesidad y la posibilidad cierta de generar una representación actualizada y de mayor precisión de la cuenca del río Luján (p. 105-112).

En segundo lugar, ese esfuerzo no solo tiene impacto en el perfeccionamiento de la cartografía disponible para dicho espacio geográfico, pues ese producto es luego puesto al servicio de la preparación de cartografía temática interesada en la definición de las características sociodemográficas de la población (que permite generar un mapa social resultante de la combinación de distintas variables, como nivel educativo, pobreza, vivienda, servicios y equipamiento, sobre la base de las fracciones censales de los municipios del área de estudio) y para la visualización de potenciales conflictos por el uso del suelo (tras el reconocimiento de los puntos de tensión y combinación entre los usos urbano, agrícola y de conservación). Es así como cobran forma las Figuras N° 15 y N° 17 antes mencionadas. Como se puede advertir, una perspectiva afincada en el positivismo y anclada en el reconocimiento de la mayor precisión que permiten las nuevas tecnologías de información geográfica, parece enfilarse no solo como expresión del rendimiento que puede seguir teniendo la cartografía si es pensada desde su matriz eminentemente científica y reconciliada con una visión no ingenua de progreso, sino también de la posibilidad de volver a poner a la ciencia al servicio de la comprensión de conflictos sociales emergentes.

Aunque no cabe en el mismo registro científico, la historiografía también parece haberse distanciado de las visiones simplistas de la representación cartográfica. Hay algunas pistas de ello en este número semitemático, donde la primacía de una visión empirista (entendiendo empirismo en el estrecho sentido de lo meramente sensible) parece ser una cuestión menos gravitante o menos extendida de lo que la crítica supone.

Al decir esto pienso en el artículo de Rodrigo Moreno –“El mapa de Chile y el plano de Santiago en la obra atribuida a Juan Ignacio Molina de 1776: los manuscritos perdidos” (p. 33-47)– sobre la autoría de la cartografía integrada en el “Compendio de la historia geográfica, natural y civil del Reino de Chile”, publicada en 1776 de manera anónima por Molina; y también en el de Rafael Sargredo –“El futuro de Chile delineado en un mapa” (p. 49-69)– en torno al primer mapa delineado por Claudio Gay en la década de 1830 como parte de la preparación de su monumental “Historia física y política de Chile”. Desde distintas perspectivas, ambos artículos parecen dar una vuelta al uso de la cartografía en la historia para iluminar problemas de corte más bien inmaterial, que no tienen que ver con la precisión de los mapas, y tampoco con naturalizaciones de carácter simplista.

Así, por ejemplo, en su esfuerzo por explicar cómo un nuevo hallazgo cambia la idea que teníamos sobre un conjunto de mapas, Moreno ilumina una forma de división del trabajo cartográfico que problematiza el acto mismo de producción al desconectar (desindividualizando) la imaginación del mapa de su posterior confección. Si bien la existencia de cartógrafos intelectua-

les y cartógrafos ejecutores no es en sí una novedad, la desindividuación de su fabricación y el reconocimiento de la memoria como insumo equivalente a la observación directa, abren pistas insospechadas para entender los procesos e intereses que condicionan la generación de conocimiento científico. En esa clave, la disputada autoría de un mapa es la puerta de entrada para una visión compleja tanto de la ciencia como de la cartografía.

Esa misma complejidad, pero desde el punto de vista de los usos, es lo que explora Rafael Sagredo al interpretar el trabajo de Claudio Gay en sintonía con las fantasías institucionales de las autoridades que convirtieron a este científico en el primer sabio de la república. En un ejercicio de proyección permanente, que va y vuelve del presente al futuro de los habitantes del siglo XIX, Sagredo da cuenta de cómo un mapa termina formando parte de una sofisticada operación de anticipación política, toda vez que la cartografía de Gay no se limita a ser un acto sobre el presente, sino también una declaración y un intento por domesticar el futuro. Nuevamente, ahora desde el plano de los usos, la cartografía emerge como un campo menos predecible o controlable de lo que se podría suponer.

Volvamos al trabajo de Rodrigo Moreno. Lo sustancial de su contribución radica en precisar la autoría de un conocido mapa de Chile y un también popular plano de la ciudad de Santiago insertos en el compendio del jesuita exiliado Juan Ignacio Molina. A la fecha, y en el marco de un debate para nada definitivo respecto a la autoría de la obra en general, la interpretación dominante atribuía los trabajos cartográficos del compendio al mismo Molina, aun cuando los grabados habían sido firmados por Giovanni Fabbri, un reconocido artista de Bolonia. Dado que Molina no era cartógrafo y que Fabbri tampoco, pero tenía mejores habilidades para la representación, se evidencia aquí la existencia de un trato por encargo y que por efecto de costumbre terminó invisibilizando al dibujante y atribuyendo la autoría cartográfica al mandante. Cabe decir que estos mapas, sobre todo el de Chile, fueron de gran factura y permanecieron como referentes cartográficos desde las últimas décadas del siglo XVIII y hasta bien entrado el siguiente.

Sin embargo, un hallazgo reciente ha obligado a revisar esta explicación. Con la aparición de dos nuevos manuscritos en Italia, que hoy forman parte de la colección cartográfica de Juan & Peggy Rada, el binomio autoral Molina-Fabbri ha dado paso al trinomio Molina-Mancini-Fabbri, con la inclusión de Giuseppe Mancini, firmante de dos mapas de gran formato –hasta ahora desconocidos– que a todas luces fueron la base sobre los cuales Fabbri dibujó aquellos que finalmente se imprimieron en el compendio de Molina. Siguiendo las palabras de Rodrigo Moreno, detrás de un autor intelectual (Molina), hubo un traductor de la realidad (Mancini), y tras ese traductor hubo un representador (Fabbri), quien definitivamente llevó estas recreaciones cartográficas a impresión. Es decir, al menos tres personas participaron de todo el proceso.

Aparte de la importancia de este hallazgo para los especialistas en cartografía colonial y de lo que el episodio nos recuerda respecto a la provisionalidad de toda explicación histórica, el texto de Moreno vuelve a relevar la necesidad de poner atención en la pluralidad de actores que inciden en la fabricación de un mapa, en el peso de los contextos, de las condiciones de producción y la presencia o carencia de saberes especializados (cómo se aplican o cómo se les suple); también ilumina los cruces entre saber técnico y pericia local, que en el caso de Molina, Mancini y Fabbri se traduce en un encuentro entre la imaginación territorial de un nativo, su representación mediante una técnica científica (universal) y su estetización final de cara a la preparación de una obra impresa. Aquí volvemos a toparnos con el eterno problema de la autoría, con la atribución de ge-

nialidades o la determinación de dónde reside el talento. Pero quizás aquí también se nos ofrezca una oportunidad para saltarnos esos problemas y repensar, desde la cartografía, el heroicismo (y las derivadas individualistas) con que tendemos a explicar los procesos de producción de conocimiento científico. Quizás este tipo de casos deban interpretarse (como lo hace Moreno) no como una tradicional disputa de autorías, sino como un caso de producción colectiva e interdependiente que no desconoce la existencia de jerarquías, pero que decide fijar el énfasis en los efectos del trabajo colaborativo. Ese foco es algo que también nos serviría para transparentar nuestras relaciones académicas contemporáneas.

Decíamos que el trabajo de Rafael Sagredo también contribuía a problematizar la naturalización simplista del mapa, pero en su caso desde el punto de vista de los usos. Sumando un hito más en su detallada reconstrucción de los trabajos de Claudio Gay, en este artículo Sagredo ubica a su personaje en un encuadre distinto, el de la prognosis política, convirtiendo el primer mapa delineado por el polímata en anuncio de un proyecto institucional naciente, en expresión de un programa de expansión material y fortalecimiento institucional prefigurado en el esquiocidio del mapa de Chile.

Se trata de una metáfora sugerente y que tiene equivalentes en otras latitudes, donde también se ha pensado la relación entre conocimiento científico y anticipación política. Pienso, por ejemplo, en la reflexión de Thomas Richards respecto a las fantasías victorianas del archivo imperial. Interesado en explorar el archivo desde el problema de la visualización del poder (algo que Sagredo también hace en su artículo), Richards recorre la obsesión de los investigadores e intelectuales británicos de fines del siglo XIX en torno al conocimiento y la imaginación de un archivo imperial capaz de comprender la variedad y vastedad de sus dominios imperiales. En la interpretación de Richards, el conocimiento es la vanguardia, no la retaguardia en la materialización del poder. Más que un apoyo, el saber es la condición de posibilidad para visualizar, pensar y conquistar un imperio. Su interpretación entiende el acto de conocer como un acto de posesión y precisamente por ello la acumulación de datos científicos es el síntoma irrecusable de esa operación de apropiación que no solo subordina pueblos, territorios y recursos, sino que también requisa los indicios del pasado y el futuro de esos mismos pueblos, territorios y recursos (Richards, 1993).

Algo así sucede con la forma en que Sagredo presenta el trabajo de Gay. Y en esa clave, resulta interesante explorar la forma en que esta visión sutilmente "postmaterial" de un mapa sirve para reforzar una matriz ideológica que suele ser el blanco perfecto de la visión crítica de la historia de la cartografía: el nacionalismo. En tanto parte de una narrativa edificante, es imposible no ver en Gay un héroe civil que desde la trinchera de la ciencia construye un panteón alternativo, uno que alimenta el imaginario nacional no con los nutrientes autoritarios del militarismo (como quiso la historiografía conservadora), sino con los nutrientes civilizadores de la ciencia. Insisto en que la operación sobre la que reposa esta reflexión es sumamente interesante porque instrumentaliza y resignifica las herramientas de la teoría crítica para acumular a favor de uno de sus más serios blancos: la forja del imaginario nacional.

Quizás por lo mismo, no es casual que solo hacia el final de su artículo Sagredo clarifique que la visualización nacional y proyectiva de Chile elaborada por Gay supuso una pérdida o al menos una decidida fractura. Acostumbrados a leer estos procesos desde el punto de vista nacional, tendemos a olvidar que la aparición de Chile como una entidad autónoma y diferenciada significó

a la vez su sustracción, alienación o desgaje de la visión geográfica continental, la misma con la que otros polímatas como Humboldt se acercaron a estas regiones. Desde luego que ello tiene explicaciones contextuales, basta recordar la emergencia del nacionalismo, y que se trata de una operación que tiene equivalentes en otros centros de gravedad. No obstante, siempre conviene recordar este punto, que la diferenciación espacial supone una pérdida gravosa, y ello debe explicitarse para inmunizarnos ante las derivas chauvinistas, y también para recordar que la cartografía ha sido uno de los principales dispositivos de enunciación y proyección hacia el futuro de estos procesos de alienación.

Finalmente, algunas palabras para el trabajo del geógrafo José Moncada Maya, quien ofrece una mirada panorámica al trabajo de los ingenieros militares que operaron en América colonial a lo largo del siglo XVIII. Basándose fundamentalmente en bibliografía secundaria, Moncada reconstruye los diversos campos en que este cuerpo científico desplegó su acción, entregando también algunas luces sobre su programa formativo, su relación burocrática con la administración colonial y las oportunidades que América les brindaba para su carrera profesional. Las conclusiones son algo evidentes: el Real Cuerpo de Ingenieros de Ejército fue un colaborador eficaz de la monarquía española. Su benéfica acción se desplegó en la fortificación y defensa de las costas americanas, en la colaboración para la construcción de obras públicas que ayudaron a articular territorialmente el imperio y, desde luego, en la producción de cartografía y relaciones geográficas que en su minuto fueron claves para guiar procesos de ocupación o poblamiento y que hoy constituyen fuentes ineludibles para conocer y medir la disponibilidad de recursos materiales y humanos de la época.

Más allá de la factura de este trabajo, es una buena noticia que los militares aparezcan como agentes científicos relevantes en la historia de las disciplinas vinculadas con el territorio. Esto puede sonar sobreinterpretativo, pero tiendo a creer que los fosos que hoy cercan a la geografía como ciencia tienen mucho que ver con una cierta confusión respecto al papel de la geopolítica en el imaginario castrense y a las asociaciones involuntarias que hacemos entre esa subdisciplina y las últimas experiencias dictatoriales en el Cono Sur. Si esas asociaciones le hacen un flaco favor a la geopolítica en específico y a la geografía en general, ellas tampoco ayudan a redefinir la relación entre la sociedad civil y el mundo militar. Es cierto que las heridas son todavía demasiado profundas como para imaginar un acercamiento, pero también es cierto que la misma historia nos enseña lo riesgoso que resulta seguir viendo al mundo militar como un grupo aparte de la trama social y la esfera política. Cuando el mundo castrense carece de una doctrina definida desde el Estado, queda expuesto a voluntades que sabemos veleidosas. En este sentido, presumo que artículos como este pueden contribuir a pavimentar un conocimiento y una intervención de otro tipo.

Las investigaciones aquí reunidas dan cuenta de las posibilidades que se abren cuando los académicos se ponen a disposición del trabajo interdisciplinario, considerando nuevas preguntas y arribando a respuestas por lejos más satisfactorias. Pero quizás sea muy temprano para elevar este síntoma a la categoría de normalidad. Personalmente soy de los que afirman que la interdisciplinariedad, la multidisciplinariedad y todos los cruces posibles entre disciplinas no constituyen todavía programas científicos, aunque ofrecen respuestas innovadoras y productivas formas de sobrevivencia ante la progresiva reducción de presupuestos universitarios y la imposición de criterios cortoplacistas en la planificación de la investigación académica. En cualquier caso, iniciativas como este número semitemático demuestran que hay un enorme potencial en estos (re)

encuentros y empalmes disciplinarios, y que su reproducción depende en no menor medida del trabajo cotidiano que realizan los académicos comprometidos con la forja de aquellos puentes que sostenían el mapa de erudición universal cartografiado en el siglo XVIII por el Barón de Bielefeld. Por ser uno de esos académicos, reconstruyendo en este caso los puentes entre historia y geografía, es que me sumo con este breve escrito al homenaje al profesor José Ignacio González.

## Referencias bibliográficas

BIELFELD, J.F. BARÓN DE. *Curso completo de erudición universal o análisis abreviada de todas las ciencias, buenas artes y bellas letras. Tomo IV. Que trata de las ciencias que ejercen la memoria.* Madrid: Imprenta de la Viuda de Ibarra, 1803.

BURNS, K. *Into the Archive. Writing and Power in Colonial Peru.* Durham: Duke University Press, 2010.

GINZBURG, C. Checking the Evidence: The Judge and the Historian. *Critical Inquiry*, 1991, Vol. 18, Nº 1, pp. 79-92.

MILLAR, R. Discurso de recepción al académico don José Ignacio González Leiva pronunciado por el académico don René Millar Carvacho en la Junta Pública de la Academia Chilena de la Historia celebrada el martes 25 de noviembre de 2008. Disponible en Internet: [http://www.institutodechile.cl/historia/documentos/doc/Discurso\\_Rene\\_Carvacho.doc](http://www.institutodechile.cl/historia/documentos/doc/Discurso_Rene_Carvacho.doc)

RICHARDS, T. *The Imperial Archive. Knowledge and the Fantasy of Empire.* Nueva York y Londres: Verso, 1993.

STOLER, A. *Along the Archival Grain. Epistemic Anxieties and Colonial Common Sense.* Princeton: Princeton University Press, 2009.

WINICHAKUL, T. *Siam Mapped. A History of a Geo-Body of a Nation.* Honolulu: University of Hawai'i Press, 1994.